

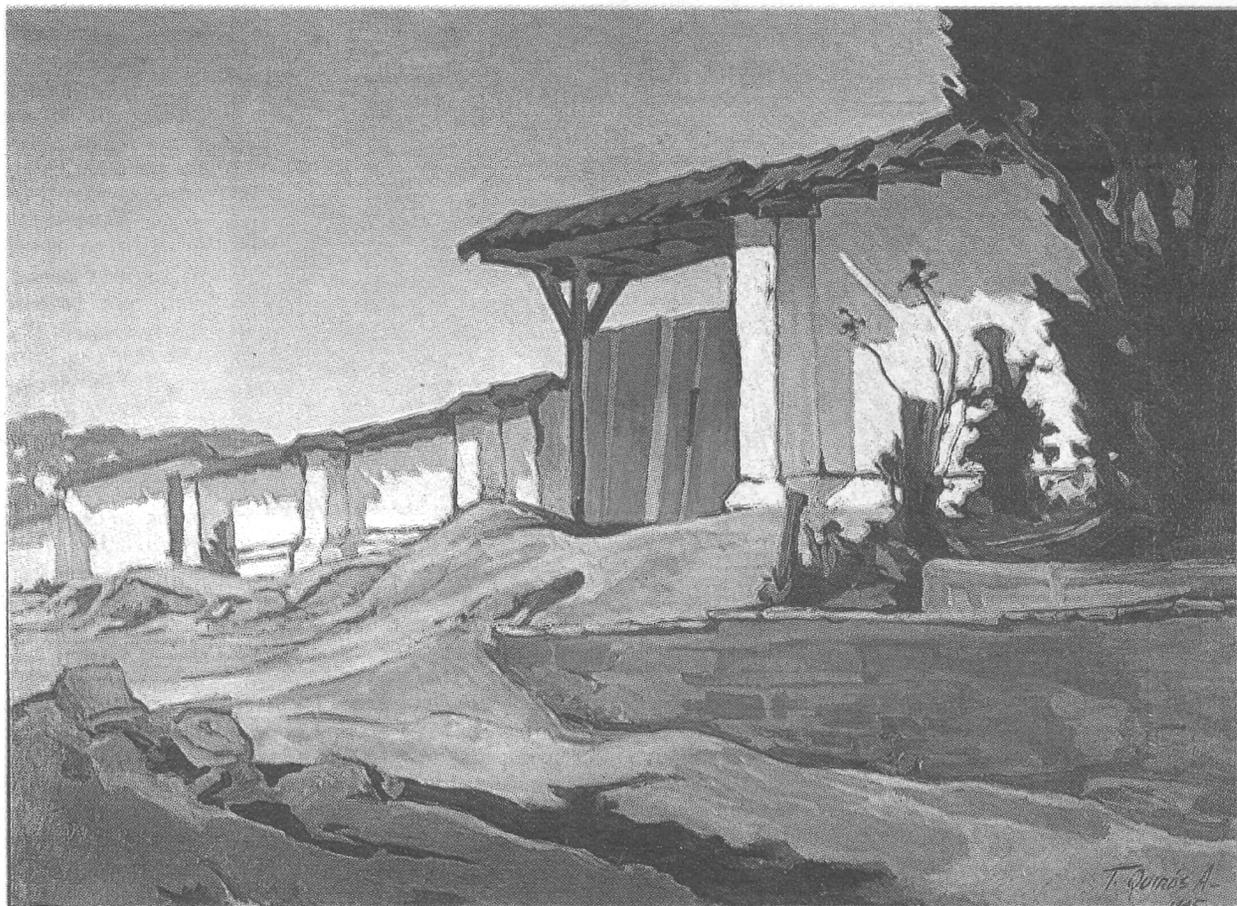


# ANCORA

BUENA COMPAÑÍA:  
AUGUSTO  
MONTERROSO Y  
BÁRBARA JACOBS EN  
COSTA RICA

LA PINTURA LACERANTE  
DE PAQUITA CRUZ

SUPLEMENTO CULTURAL DE LA NACION



El portón rojo, óleo sobre tela pegada a madera (1945).

y María Enriqueta Guardia en 1995, para el cual se elaboró un trabajo multimedia donde se reunían datos acerca del artista, con comentarios de gente cercana a él y análisis de algunas de sus obras más representativas.

De la cantidad de comentarios y artículos en periódicos se desprende la personalidad de un hombre bondadoso, una persona que nunca perdió el sentido del humor y en quien no cabía ni la envidia ni el egoísmo. Fue un hombre agradecido y querido que amó a Costa Rica de manera insospechada.

Comenzó sus estudios en la Escuela Nacional de Artes Plásticas bajo la tutela del pintor español y fundador de dicho centro, don Tomás Povedano, a quien Quico siempre recordó con respeto. Luego se fue a estudiar arquitectura al Instituto Tecnológico de Massachusetts, en Boston, Estados Unidos y allí comenzó a pintar, admirando a artistas como Picasso y Derain a través de las páginas del Boston Globe, sin obviar el movimiento impresionista, que en la década del veinte se había puesto en boga en París.

Teodorico Quirós fue, para los artistas de aquel entonces, el impulsor, el artista que a finales de la década del veinte se dio a la tarea —como parte del Comité Organizador de las Exposiciones de Artes Plásticas, llevadas a cabo en el Teatro Nacional—, de aglutinar en el barrio “El Carmen” a un grupo de artistas y con ellos instaurar una de las épocas de mayor apogeo del arte costarricense.

Los pintores salieron a captar la luz diáfana del paisaje nacional, de colores puros y formas definidas, de “*casa, palo y montaña*” —según lo definía el mismo Teodorico Quirós en tono irónico—, bella y apacible imagen de nuestro paisaje criollo.

Dentro de la vasta producción de Teodorico Quirós, si bien hay piezas claves producidas en la década del treinta, encontramos que “El portón rojo” (1945) es uno de las más importantes, si no la más célebre. Es una obra que, contraria a la pintura de pequeño formato, tímida y local, se impone por sus inusuales dimensiones, calidades técnicas, ejecución sobresaliente y una gran síntesis, que la convierte, por lo demás, en una de las obras representativas del género del paisaje en Costa Rica.

Ciertamente en 1945 Teodorico Quirós pinta importantes cuadros, entre ellos “Bananales” o la “Catedral de México”. Al año siguiente ejecuta “Caserío” (1946), donde plantea, contrapuesta a la imagen bucólica y rural, la temática de lo urbano que, en la década del setenta, Felo García renovará con gran éxito. Ambos artistas —Quirós y García—, captan el paisaje urbano bajo una misma perspectiva, pues coinciden como arquitectos, y en este sentido plantean su obra.

En el caso de Teodorico Quirós observamos con claridad cómo, con “El portón rojo”, se cierra toda una etapa en torno a la casa de adobe y el tema rural iniciada en los veinte; con “Caseríos” se da la apertura hacia lo urbano, que se va a concretar con un importante viaje realizado

Pasa a la página 2

## JOSÉ MIGUEL ROJAS

1997, además de ser un año que presagia el fin de siglo y el término de mil años de historia, será el marco de varias celebraciones en el país: el centenario de la inauguración del más importante coliseo y centro de la cultura, el Teatro Nacional, y los cien años de la primera Escuela Nacional de Bellas Artes. Además, se suman el centenario de la muerte de uno de los pioneros de la escultura costarricense, como lo fue Fadrique Gutiérrez, y el del natalicio de uno de los pintores más representativos que posee el país: Teodorico Quirós Alvarado.

Para Costa Rica, Teodorico Quirós, o don Quico —como se le conoce afectivamente—, es el artista por antonomasia, así como para Cuba lo es Wifredo Lam, Armando Reverón para Venezuela, o Joaquín Torres García para Uruguay. Es, en otras palabras, un artista emblemático con una obra contundente, íntegra desde que se inicia en la década del veinte, hasta que culmina en la del setenta.

Un artista activo que produjo una obra siempre objeto de serios comentarios por parte de importantes intelectuales e investigadores, como León Pacheco, José Marín Cañas, Francisco Amighetti, Arturo Echeverría Loría, Enrique Macaya, Alberto Cañas, Ricardo Ulloa Barrenechea, Guido Sáenz y Carlos Francisco Echeverría. Y en la actualidad, sin perder vigencia, es de nuevo expuesta y vuelta a estudiar por actuales historiadores del arte. El más reciente estudio alrededor de su obra arquitectónica y pictórica estuvo a cargo de las investigadoras Floria Barrionuevo

# EL OJO QUE NUNCA PARPADEA



HOMENAJE A LOS CIENT AÑOS DEL NATALICIO DEL PINTOR TEODORICO QUIRÓS (1897-1977), QUIEN VIO LA LUZ DE ESTE PAÍS, POR PRIMERA VEZ, UN 28 DE AGOSTO DE 1897

por el artista en 1952, visitando Italia y Francia y luego Nueva York, pero al que se suma su paso por México en 1941, como agregado cultural de la Embajada de Costa Rica.

A su regreso al país, León Pacheco escribiría *En las valijas de Quico Quirós*, un artículo acerca del artista en donde señala que “esta corta etapa europea de Quico Quirós es la más firme de su brillante carrera de pintor”.

Según el texto de Pacheco, los paisajes pintados por Quirós durante el invierno de 1952 en la Ciudad Luz, son imágenes grises, friolentas, fantasmales que contrastan de golpe con los paisajes inundados de luz y de colores vivos de su etapa anterior. Acerca de este grupo de doce obras, entre óleos y acuarelas, que habrá de exponer Teodorico en el Teatro Nacional, José Marín Cañas, en un artículo titulado “Kiko, pintor europeo”, escribe:

“Para Kiko, Europa ha sido un paisaje más, sin detallar, sino abarcando siempre el motivo global, ancho y plano o ancho y alto, pues no en vano es un arquitecto que construye con el alma

y sólo ve en lo que ve la construcción humana o divina, pero solamente construcción.”

En estos paisajes “urbanos” —no por su ausencia de colorido, menos bellos—, se percibe un Quirós donde la arquitectura de “estatura pequeña”, resuelta en planos horizontales, alternada con las formas de la naturaleza, ha sido sustituida por masas verticales y rígidas de aminorado color, donde la mirada del transeúnte se pierde entre el vértigo ante la quietud gris de los rascacielos y sus amenazantes sombras.

Años después Teodorico Quirós diría en un artículo: “Mis temas preferidos para pintar fueron siempre árbol, casa y montaña.” “Ahora ya no tengo ni árbol ni montaña, solo edificios, y eso es lo que pinto.” “El desarrollo me ha condicionado a cambiar mis temas de pintura.”

Si bien los elementos han cambiado, sin dejar de ser paisajes, el espíritu que anima toda su pintura sigue siendo el mismo: un indescifrable aliento de oculta fuerza, que solo en la época del 69 —último período, conocido también como la época de los azules, toque de morado y esmeralda—, logra liberarse en forma inusitada: el papel protagónico de la arquitectura ha desaparecido prácticamente o ha quedado para magnificar la

naturaleza y darle espacio a la emoción a través de la línea y el color.

Su última producción será expuesta individualmente en la Galería Enrique Echandi en mayo de 1976. Ya para entonces, la salud de don Quico era delicada. Por tal motivo —y pocos meses antes de asumir el Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes— Guido Sáenz, con gran visión, sensibilidad y tesón, logra que en marzo el cineasta Antonio Yglesias, por medio del Centro de Cine, realice un documental acerca del artista. *El mundo tierno y profundo de Quico Quirós* es un documental —el primero de este tipo— de un valor incalculable para los muchos que admiramos la obra de Teodorico Quirós y que, desdichadamente, no lo conocimos en vida.

En este trabajo se pueden apreciar varias tomas de su infancia, la voz de su hermana, de su esposa, de los alumnos, se le puede ver caminando despacio en la montaña, conversando con naturaleza y, sobre todo, imágenes de su rostro, de ese que nos queda en la memoria, nunca frontal a la manera de los imagineros, nunca impasible: un rostro cuya mirada jamás conoció el parpadeo, porque su anhelo fue no dejar escapar un instante de vida. ✍